

Metz la sangre de los ciudadanos. Ya se ha encarcelado á los mejores patriotas de Estrasburgo. Desde ahora os digo, que estais acusados de ser causa de todos estos males; desvaneced estas sospechas uniéndoos á nosotros, y reconciliémonos, pero solo con el objeto de salvar la patria!

El texto de esta página está invertido y es ilegible. Parece ser una transcripción errónea o un error de impresión que ha resultado en un texto que se lee de derecha a izquierda.

El texto de esta página está invertido y es ilegible. Parece ser una transcripción errónea o un error de impresión que ha resultado en un texto que se lee de derecha a izquierda.

LIBRO CATORCE.

Los periódicos toman parte en estas guerras intestinas.—Negociaciones de Dumouriez con el Austria.—El duque de Brunswick.—El rey propone la guerra.—Aclamaciones generales.—Vótase la guerra.—Plan de campaña de Dumouriez.—Contemperización de La Fayette.—Consideraciones sobre la Bélgica.—Coblenza, capital de la emigración francesa.—El conde de Provanza.—El de Artois.—El príncipe de Conde.—Luis XVI, rehen de la Francia.—La reina mirada como el alma del comité austriaco.—Manifiesto del duque de Brunswick.

La noche estaba muy adelantada cuando Robespierre acabó su elocuente discurso, en medio del recogimiento de los jacobinos. Estos, y los girondinos se separan mas exasperados que lo habian estado nunca. Vacilaban, sin embargo, aquellos hombres ante aquel gran rompimiento, que debilitando el partido de los patriotas podria entregar el ejército á La Fayette y la Asamblea á los fuldenses. Petion, amigo á la vez de Robespierre y de Brissot, querido de los jacobinos y ligado con madama Roland, tenia el fiel de su popularidad en equilibrio, temeroso de perder la mitad de ella, al pronunciarse por

una de las dos facciones. «En ambos lados, dijo estreme- ciéndose, veo á mis amigos.» Hubo entonces una tregua aparente; pero Guadet y Brissot imprimieron sus discursos adicionándolos con algunas injurias contra Robespierre. Por otra parte fueron minando á la sordina, su reputacion con nuevas calumnias, hasta que el 30 de abril, volvió á estallar otra terrible tempestad.

Habian propuesto la prohibicion de las denuncias, cuando no pudiesen darse pruebas de la verdad de lo que se denunciaba. «Reflexionad en lo que se os propone, dijo Robespierre. La mayoría se compone aqui de una faccion, que quiere por este medio calumniarnos libremente y sofocar nuestras acusaciones, imponentonos silencio. Si decretais que me sea prohibido defenderme de los libelistas conjurados en contra mía, dejó inmediatamente este recinto y voy á sepullarme en el retiro. (¡Nosotras te seguiremos Robespierre! gritaron varias mugeres desde las tribunas.) Se han valido del discurso de Petion, prosiguió, para esparcir mil odiosos libelos contra mí. El mismo Petion está indignado al ver esto, y deplora los ultrajes que se me hacen, segun él mismo me ha manifestado. Leed el periódico de Brissot y en él vereis que se me invita á no apostrofar siempre al pueblo en mis discursos. Si, para no pasar por faccioso ó portribuno, es preciso privarse de pronunciar el nombre del pueblo. Se me compará á los Griegos. Con razon se establece semejante comparacion. Lo que habrá de comun entre aquellos hombres y yo, será quizá el que yo tenga un fin tan trágico como ellos. Todavía hay mas; se me hace responsable de un escrito de Marat en el cual me designa para tribuno, al mismo tiempo que predica sangre y carnicería. ¿He profesado yo jamás semejantes principios? ¿oy acaso culpable de la estravagancia de un escritor tan exallado como Marat?»

Al oír esto Lasource, amigo de Brissot, pide la palabra, pero no se le concede. Merlin pregunta si la paz ju-

rada el dia anterior, no compromete sino á uno de los dos partidos, autorizando al otro para sembrar calumnias contra Robespierre. La asamblea al ver aquel tumulto impone silencio á los oradores. Legendre acusa á la mesa de parcialidad. Robespierre baja de la tribuna, se acerca al presidente, á quien dirige con gesto amenazador palabras que no pueden oírse, tanto por el ruido que hay en la sala como por las injurias que se dirigen mutuamente las tribunas.

«¿En qué consiste ese encarnizamiento de los intrigantes contra Robespierre? dice uno de sus partidarios en cuanto se restablece la calma. Consiste, en que él es el único hombre capaz de elevarse contra su partido, si es que consiguen formarle. Si, es preciso en las revoluciones encontrar hombres, que haciendo abnegacion de sí mismos, se entreguen como victimas voluntarias á las facciones. El pueblo debe sostener á unos hombres semejantes, y vosotros los habeis hallado en Petion y Robespierre. ¿Les abandonaréis á sus enemigos?» ¡No! ¡no! esclaman mil voces á la vez y en un decreto dado á propuesta del presidente, se declara que Brissot ha calumniado á Robespierre.

II.

Los periódicos tomaron parte en esta lucha de patriotas segun el distinto color á que cada uno pertenecia. «¡Robespierre! (decian *Las Revoluciones de París*) ¿En qué consiste que el mismo hombre á quien el pueblo llevaba en triunfo á su casa cuando salió de la Asamblea constituyente, haya venido hoy á parar en ser un problema? Vos os habeis creído ser por mucho tiempo la única columna de la libertad francesa. Vuestro nombre era como el arca de la alianza y no podía tocarse á él sin ser heri-

do de muerte, vos queréis ser el hombre del pueblo y no tenéis ni el exterior del orador ni el genio suficiente para disponer de las voluntades de los hombres. Habeis animado los clubs con vuestra palabra, pero el incienso que allí se ha quemado en honor vuestro os ha embriagado. El dios del patriotismo se ha convertido en hombre. El apogeo de vuestra gloria fué el 17 de junio de 1791. Desde aquel día vuestro astro ha declinado. Robespierre, los patriotas no gustan de que os pongais tan en evidencia. Cuando el pueblo se apiña al lado de la tribuna, en que vais á subir, no lo hace por afán de oír vuestro propio elogio, sino para que le ilustreis con vuestros discursos. Sois incorruptible, es cierto, pero hay todavía otros ciudadanos mejores que vos, que son los que no se alaban tanto á sí mismos. ¡Por qué no tenéis aquella sencillez que se ignora á sí misma, y aquella buena fé de las virtudes antiguas que recordais en vos algunas veces.

«Se os acusa, Robespierre, de haber asistido á una conferencia secreta, celebrada no hace mucho en casa de la princesa de Lamballe, y á presencia de la reina. No se dicen las cláusulas de aquel trato entre vos, y estas dos mugeres que se supone os hayan sobornado. Desde aquel día se nota cierta variación en vuestras costumbres domésticas, y ello es, que habeis tenido dinero suficiente para fundar un periódico. ¿Se hubieran tenido de vos tan injuriosas sospechas en julio de 1791? Nosotros no creemos que hayais cometido semejante infamia, ni que seais cómplice mas que de Marat, que os ofrece la dictadura. Tampoco os acusamos de imitar á César cuando se hizo presentar la diadema por Antonio. ¡Lo que os advertimos es que andéis con cuidado y que habeis de vos con menos complacencia! También se lo advertimos anteriormente á La Fayette y á Mirabeau indicamos la roca Tarpeya, para los que se creyesen ser mas grandes que la patria.»

III.

«Miserables, contestaba Marat patrocinado por Robespierre, ¡Calumniar de ese modo la virtud mas pura! Su genio les ofusca y le castigan por los muchos sacrificios que ha hecho. El queria retirarse y no se ha quedado en medio del tumulto de los jacobinos, sino por sacrificarse por su país. Pero las medallas no se acostumbran á oír elogios ajenos, y la turba tiene gusto en cambiar de héroe. La facción de La Fayette, de Guadet y de Brissot le rodea; ¡Estos hombres le llaman jefe de partido! ¡Un Robespierre jefe de partido! ¡Hasta le achacan el recibir dinero de la lista civil y le hacen un crimen de la confianza que en él tiene el pueblo, como si un simple ciudadano sin bienes y sin poder, tuviese otro medio de conquistar el amor del pueblo que sus virtudes! ¡Como si un hombre que no tiene otra cosa que su voz aislada en medio de una sociedad de intrigantes, de hipócritas y de engañadores, pudiesen llegar jamás á ser temible! Pero este censor incorruptible les inquieta y dicen que se ha puesto de acuerdo conmigo, para hacerse ofrecer la dictadura. Esto me concierne y por consiguiente voy á responder á ello. Declaro, pues, que Robespierre está tan distante de disponer de mi pluma, que jamás he tenido con él la menor relacion. Una sola vez le he hablado y me convencí de que no era el hombre que yo busco para el poder supremo, porque carece de la energía que la revolucion reclama.

La primera palabra que me dirigió, fué una recomendacion porque mojó siempre mi pluma en la sangre de la libertad, y porque siempre hablo de cordeles, de espadas y de puñales, palabras crueles, me dijo, que desaprobaba sin duda mi corazón, y que desacreditaban mis principios. Yo le desengañé. Sabed, le dije, que mi cré-

dito con el pueblo no consiste en mis ideas, sino en mi audacia, en los ímpetus de mi alma, y en los gritos de rabia, de furor y de desesperacion que lanzo continuamente contra los que entorpecen la marcha revolucionaria, yo soy el eco de la ira justa del pueblo, y he aquí por que éste me escucha y cree en mí. Estos gritos de alarma y de furor que vosotros tomáis como unas palabras arrojadas al viento, son la mas sencilla y la mas sincera expresion de las pasiones que devoran mi alma. Sí, si yo hubiese podido disponer del brazo del pueblo, despues que se dió el decreto contra la guarnicion de Nancy, hubiese diezmado á los diputados que lo dieron; despues de la instruccion sobre los acontecimientos del 5 y 6 de octubre, hubiera mandado quemar en una hoguera á todos los jueces; despues de la matanza del campo de Marte, si hubiese hallado dos mil hombres de mi mismo modo de pensar, me hubiese puesto al frente de ellos, y hubiese dado de puñaladas á La Fayette en medio de sus batallones de bandidos, hubiese quemado al rey dentro de su mismo palacio, y hubiese hecho degollar á nuestros atroces representantes, en los mismos bancos de la Asamblea.... Robespierre me escuchaba asustado, y despues de haberse puesto pálido, permaneció largo rato silencioso. Yo me marché. Había visto en Robespierre un hombre íntegro, pero no había encontrado en él un hombre de Estado. Se vé por estas palabras, que el malvado causaba horror al fanático, y que Robespierre le había dado compasion á Marat.

IV.

Estas primeras luchas entre los jacobinos y la Gironda, ofrecian al astuto Dumouriez, un doble punto de apoyo para su política. La enemistad de Roland, de Clavie-

re y de Servant no le inquietaba ya en el consejo; él, equilibraba su influencia por la alianza que había contraído con sus enemigos. Pero los jacobinos querian prendas y él se las ofrecia en la guerra. Danton tan violento y mas político que Marat, no dejaba de repetir que la revolucion y los despotas eran irreconciliables, y que la Francia no debía tener otra esperanza de salvarse, que la que le diese su audacia y su desesperacion. La guerra, segun la opinion de Danton, era el bautismo ó el martirio por los cuales debía pasar la libertad como una religion nueva, y por consiguiente era preciso templar de nuevo la Francia en el fuego, para que se purificase de las sociedades y de la vergüenza de los tiempos anteriores.

Dumouriez estaba conforme sobre este particular con La Fayette y los fuldenses, y tambien queria la guerra; pero la queria como soldado para adquirir gloria en ella, y esterminar en seguida las facciones. Desde que subió al ministerio estaba en negociaciones con el Austria por ver de lograr una respuesta decisiva. Habia mudado casi todos los miembros del cuerpo diplomático, y les habia reemplazado por hombres enérgicos. Notábase en sus comunicaciones oficiales, cierto tono marcial muy parecido á la voz de un pueblo armado. Intimaba en ellas á los príncipes del Rhin, al emperador y á los reyes de Prusia, España y Cerdeña, que reconociesen ó combatesen abiertamente al rey constitucional de Francia. Pero en tanto que sus enviados oficiales exigian en las córtes de que acabamos de hablar, una respuesta pronta y categorica, los agentes secretos, en virtud de las instrucciones que les habia dado, se insinuaban hábilmente en los gabinetes de los príncipes, y hacian los mayores esfuerzos por separar algunos estados de la liga que se estaba formando. Ellos les ponian de manifiesto lo ventajoso que era para su engrandecimiento el permanecer neutrales y les ofrecian el patronato de la Francia, despues que esta

hubiese quedado victoriosa. No atreviéndose á esperar nada de los aliados, el ministro al obrar de este modo, proporcionaba á la Francia muchas complicidades secretas, y corrompiendo por ambicion los estados que no podía arrastrar tras si por el terror, amortiguaba la coalicion, esperando poder desacerla mas adelante.

V.

El príncipe, sobre quien tenia mas influencia, era precisamente aquel duque de Brunswick, que el emperador y el rey de Prusia aunados destinaban para mandar los ejércitos aliados que debian operar contra la Francia. Este príncipe, era para ellos, segun sus esperanzas el Agamenon de Alemania.

Cárlos Federico Fernando de Brunswick Wolfenbuttel, criado en los combates, en las letras y en los placeres, habia respirado en los campos de Federico el Grande el genio de la guerra, el espíritu de la filosofía francesa, y el maquiavelismo de su maestro. El duque habia hecho con aquel rey filósofo y soldado todas las campañas de la guerra de los siete años. Hecha la paz habia viajado por Francia y por Italia, habiendo sido acogido en todas partes como el héroe de Alemania, y como heredero del genio militar de Federico. Al poco tiempo se habia casado con una hermana de Jorge III, rey de Inglaterra. Su capital, en donde brillaban sus queridas y disertaban los filósofos, reunia al epicurismo de las córtes la austeridad de los campamentos. Reinaba el duque en conformidad con los principios de los sábios, pero vivia segun los ejemplos de los sivaritas. Su alma de soldado que se dejaba impresionar fácilmente por la belleza, no se enervaba, sin embargo, en las delicias del amor;

porque si es cierto que entregaba su corazón á las mugeres, se reservaba en cambio su cabeza para atender á su gloria, á la guerra y al gobierno de sus estados. Mirabeau, siendo todavia jóven, se habia detenido en su córte, cuando iba á Berlin á iluminarse con los últimos resplandores del gran Federico. El duque de Brunswick, habia hecho aprecio de él, porque estos dos hombres tan distintos por su rango se parecian, sin embargo, por sus cualidades y sus defectos. Ambos eran revolucionarios, pero por la diferencia de sus posiciones y patrias respectivas, el uno estaba destinado á hacer una revolucion y el otro á combatirla.

Sea como fuere, ello es que Mirabeau fué seducido por el soberano á quien estaba encargado de seducir. «La figura de este príncipe, dice en su correspondencia reservada, anuncia su profundidad y finura. Habla con elegancia y precision, tiene una instruccion admirable, es laborioso y perspicaz, y mantiene inmensas correspondencias debidas únicamente á su mérito, siendo económico hasta en sus pasiones. Su querida, la señorita de Hartfeld, es la persona mas racional de su córte. Verdadero Alcibiades ama el placer, pero nunca le antepone al trabajo. En el papel que desempeña de general prusiano, nadie se levanta antes, nadie es mas activo, mas minucioso, ni mas exacto que él. Bajo un exterior calmado que procede del dominio que ejerce constantemente sobre si mismo, su brillante imaginacion y su ambiciosa fantasia le arrebatan algunas veces, pero la circunspeccion que él se impone, y el cuidado reflexivo de sostener su gloria le contienen y le hacen vacilar algunas veces, siendo este quizá su único defecto.» Mirabeau predijo desde entonces al duque de Brunswick la influencia suprema en los negocios de Alemania, despues de la muerte del gran rey, como Hamaba esta á Federico de Prusia.

Tenia entonces el duque cincuenta años. En sus con-

versaciones con Mirabeau, se disculpaba de su amor á la guerra. «Las batallas, decia un día á un viagero francés, no son sino un juego de suerte. Hasta ahora yo no he sido desgraciado en ellas. ¿Quién sabe si hoy, aunque mas hábil en este arte, seré igualmente favorecido por la fortuna?» Un año despues de esta conversacion invadia triunfante la Holanda á la cabeza de las tropas inglesas. Algunos años despues, la Alemania le designaba para ser su generalismo.

Pero la guerra con Francia que halagaba su ambicion como soldado repugnaba á su alma, como filósofo. Conocia que combatiria muy mal unas ideas en las cuales se habia criado. Mirabeau habia dicho de él aquellas palabras notables que profetizaban su molicie y las derrotas de la coalicion guiada por aquel principe. «Este hombre es de un temple raro, pero es demasiado sábio para ser temido por los sábios.»

Estas palabras, esplican la oferta de la corona de Francia hecha al duque de Brunswick por Custine en nombre del partido monárquico de la Asamblea. La francmasoneria, esa religion subterránea, en la cual se habian afiliado casi todos los príncipes reinantes de Alemania, cubria con sus misterios las inteligencias secretas que mediaban entre la filosofia francesa y los soberanos de las orillas del Rhin. Hermanos en una conjuracion religiosa, no podian ser enemigos muy encarnizados en política. El duque de Brunswick era mas ciudadano que principe; y mas francés que aleman, en el fondo de su corazon. La oferta de un trono como Francia habia estado para seducirle, ó tal vez le habia seducido, y se combatía mal á un pueblo sobre el cual se espera reinar y á una causa, que aunque se quiera vencerla, no se quiere destruirla completamente. Tal era la situacion en que se hallaba el duque de Brunswick. Consultado éste por el rey de Prusia respecto á la guerra, aconsejaba á aquel monarca que volviese sus fuerzas hácia Polonia para con-

quistar provincias, en vez de ir á Francia á conquistar principios.

VI.

El plan de Dumouriez era separar la Prusia del Austria en cuanto de él dependiese para no tener que haberse las sino con un solo enemigo. La union de estas dos potencias rivales, naturales y envidiosas, le parecia tan contraria á naturaleza que se lisonjeaba impedirlo ó romperlo. El odio instintivo del despotismo contra la libertad burló todas sus previsiones. La Rusia, por el gran ascendiente de Catalina, forzó á Prusia y Austria á hacer causa comun contra la revolucion. El jóven emperador Francisco I se disponia en Viena á pelear mas bien que á entrar en negociaciones. El principe de Kaunitz, primer ministro suyo, respondia á las notas de Dumouriez en un lenguaje que envolvia un reto á la Asamblea nacional.

Dumouriez comunicó estas notas á aquella corporacion, y se anticipó el desahogo justo de su ira, manifestando la indignacion que le causaban y prorumpiendo en arranques entusiastas de patriotismo. El eco de estas escenas llegó hasta el gabinete del emperador en Viena. Francisco I, pálido y trémolo de ira, rió asperamente á su ministro por su lenidad. Todos los dias iba á casa del principe de Kaunitz y sentado al lado de su cama, asistia á las conferencias que se celebraban entre este anciano y los enviados de Prusia y Rusia que estaban encargados por sus soberanos de fomentar la guerra. El rey de Prusia pedia esclusivamente para sí la direccion de la campaña. Proponia este una invasion repentina en el territorio francés, como el medio mas á propósito de economizar sangre, y hacer que sorprendida la revolucion y aterrada con aquel inesperado golpe, diese tiempo á que estallase

en Francia la contrarrevolucion, como sucedería infaliblemente según el decir de los emigrados, que habían logrado persuadirse también así al emperador. Leipsick fué el punto señalado para una entrevista entre el duque de Brunswick y el príncipe de Hohenlohe, general de las tropas del emperador con objeto de concertar ciertas medidas para la próxima guerra. Continuaban, sin embargo, en Viena unas conferencias de mera fórmula entre Mr. de Noailles, embajador de Francia y el conde Felipe de Cobentzel, vicescanciller de corte. Estas conferencias, en las que se luchaba por conciliar dos principios, cuya conciliación no era posible, á saber: la libertad de los pueblos y la soberanía absoluta de los monarcas, no produjeron sino mutuas reconveniones. El *ultimatum* de Mr. de Cobentzel, rompió las negociaciones, é hizo estallar la guerra en cuanto fué conocido en París. Dumouriez la propuso en el consejo y arrastró al rey á que fuese el mismo á proponerla á la Asamblea. «El pueblo, le dijo, creará en vuestra adhesión á las instituciones el día que os vea abrazar su causa, y combatir á los reyes para defenderla.»

Rodeado el rey de todos sus ministros, se presentó inesperadamente en la Asamblea al salir del consejo. La sala quedó en un sombrío silencio en cuanto le vió entrar presintiendo lo que iba á decir. En efecto, después de la lectura de todas las notas que habían mediado entre Francia y Austria, el rey, en cuanto Dumouriez acabó de leerlas, añadió con voz conmovida, pero firme, las siguientes palabras: «Ya acabáis de oír la relación que se ha hecho en mi consejo, y las resoluciones que se han adoptado en él por unanimidad, con las que estoy enteramente conforme. Ahora que he agotado todos los medios de mantener la paz, vengo según los términos de la Constitución á proponeros formalmente la guerra contra el rey de Hungría y de Bohemia.»

Dichas estas palabras, salió el rey de la Asamblea en

medio de los gritos entusiastas del salón y de las tribunas. El pueblo se agrupó para verle pasar, y la Francia estaba segura de sí misma por ser la primera en atacar á toda la Europa conjurada en contra suya. Les parecía á todos los buenos ciudadanos que los disturbios interiores iban á desaparecer ante esta gran acción exterior de un pueblo que defiende sus fronteras. Opinaban también que la causa de la libertad iba á fallarse en algunas horas en los campos de batalla, y que la Constitución no necesitaba sino obtener una victoria, para que la nación fuese en adelante libre en el interior del reino y quedase triunfante en lo exterior. El mismo rey volvió á su palacio aliviado del cruel peso de su irresolución. Muchas angustias había costado á su corazón declarar la guerra á sus aliados y á sus mismos hermanos. Parecía que el sacrificio que hacía de sus sentimientos, merecía el reconocimiento de la Asamblea, é identificándose de este modo con la causa nacional, se fisonjeaba de volver á alcanzar al menos la justicia y el amor de su pueblo. La Asamblea se separó sin deliberar, dando algunas horas de tregua, menos á la reflexión que al entusiasmo.

VII.

Pastoret, otro de los principales jefes de los fuldenses, fue el primero que se declaró partidario de la guerra en la sesión de aquella noche. «Se nos echa en cara, dijo, que queremos votar la efusión de sangre humana en un acceso de entusiasmo. ¿Es acaso hoy el primer día que se nos provoca? ¿Hace ya cuatrocientos años que la casa de Austria viola todos los tratados entre ella y la Francia! ¿He aquí los motivos poderosos que nos impulsan á obrar de este modo! ¿No estamos indecisos por más tiempo, la victoria será fiel á la causa de la libertad.»

Becquet, realista constitucional, y orador reflexivo y valiente, fué el único que se atrevió á hablar en contra de la declaración de guerra. «En un país libre, dijo, no se hace la guerra sino para defender la nación ó su Constitución. La nuestra ha nacido ayer, y es preciso que haya mucha tranquilidad para que pueda arraigarse. Un estado de crisis cual lo ofrecen todas las guerras, es enteramente opuesto á los movimientos regulares del cuerpo político. Mientras vuestros ejércitos están peleando en país extranjero, ¿quién será el que contenga las facciones interiores? Se os alhaga diciéndoos que no teneis que combatir sino al Austria, y se os promete la neutralidad de las demas potencias del Norte, pero no os hagais una ilusión que puede seros muy funesta. La Inglaterra no puede permanecer neutral y si las necesidades que crea la guerra os conducen á insurreccionar la Bélgica ó invadir la Holanda, aquella potencia se unirá la Prusia, para sostener el partido del *stathouder* contra vosotros. No cabe duda en que la Inglaterra ve gustosa la libertad que acabais de establecer en vuestro país, pero la vida de esta nación consiste en su comercio, y no puede abandonarle en los Países Bajos. Aguardad á ser atacados, y el espíritu de los pueblos combatirá entonces por vosotros porque la justicia de vuestra causa, valdrá tanto como ejércitos enteros. Pero si se logra haceros aparecer á los ojos de las demas naciones, como un pueblo inquieto y conquistador que no puede vivir sino en medio de los disturbios y de la guerra, aquellas se apartarán de vosotros horrorizadas. Además, ¿no es la guerra la única esperanza de los enemigos de la revolucion? ¿Por qué les hemos de proporcionar el gozo de ser nosotros mismos los que se la ofrecamos? ¿Los emigrados despreciables é impotentes ahora, se convertirán en unos hombres peligrosos el día en que puedan apoyarse en los ejércitos de nuestros enemigos.

Este discurso sensato y profundo, fué interrumpido

por las risas irónicas y por los insultos de la Asamblea y terminó en medio de los silbidos de las tribunas. Se necesita todo el heroismo que da la convicción para combatir la guerra en una cámara francesa. Bazire, amigo de Robespierre, pidió como había pedido Becquet, que era amigos del rey, algunos dias para reflexionar antes de votar el derramamiento de sangre. «¿Si os decidis por la guerra, dijo, al menos hacedla de suerte que no vaya envuelta en una traicion.» Algunos aplausos indicaron que la alusion republicana de Bazire había sido comprendida, y que era preciso ante todo separar á un rey y á unos generales que eran sospechosos. «¿No; no, dijo Mailhe, no perdais una hora en decretar la libertad del mundo entero!—Apagad las teas de vuestras discordias en el fuego de los cañones y de las bayonetas, añadió Dubayet. «Pido que no se levante la sesion hasta terminar este negocio, dijo Brissot. «Declarad la guerra á los reyes y la paz á las naciones, exclamó Merlin.» En consecuencia votóse la guerra.

Advertido Condorcet de autemano por los girondinos del consejo, leyó en la tribuna un proyecto de manifiesto á las naciones cuyo espíritu era el siguiente: «Toda nación tiene derecho para darse leyes y para variarlas del modo que mejor le acomode. La nación francesa creia que una verdad tan sencilla sería acatada por todos los principes, pero esta esperanza ha salido fallida. Se ha formado una poderosa liga contra la independencia francesa y nunca el orgullo de los tronos ha insultado con mayor audacia á la magestad de las naciones. Los motivos alegados por los despotas contra la Francia, no son sino un ultraje hecho á su libertad. Este insultante orgullo, lejos de intimidarla, no puede servir sino para escitar su valor ¡se necesita tiempo para disciplinar á los esclavos del despotismo; cualquier hombre es soldado para combatir la tiranía!»

Vergniaud, primer orador de la Gironda, fué el último en subir á la tribuna. «Debeis á la nacion, dijo, el adoptar todos los medios necesarios para asegurar el éxito de la grande y terrible determinacion con que habeis señalado este memorable día. Recordad el de aquella confederacion general en que todos los franceses ofrecieron su vida en defensa de la libertad y de la Constitución. Recordad el juramento que prestasteis vosotros mismos el 14 de enero de sepultaros bajo las ruinas de este templo antes de consentir en la menor capitulacion, ni en que se hiciese ni una sola modificacion á la ley que nos rige. ¿Cuál es el corazon de hielo que no palpita en estos momentos supremos, cuál el alma tan fria que no se eleve hasta el cielo con las aclamaciones del gozo universal, quíen el hombre apático que no siente elevarse su ser y aumentarse sus fuerzas con un noble entusiasmo superior á las de la humanidad? Pues bien, dad otra vez á la Francia y á la Europa el espectáculo imponente de vuestras fiestas nacionales, y manifestad aquella energia ante la cual caen las Bastillas. Haced que resuenen por todos los ángulos del imperio estas sublimes palabras: *¡Vivir libres, ó morir! ¡La Constitución en toda su integridad y sin modificaciones, ó la muerte!* Que estos gritos lleguen hasta el pie de los tronos coaligados contra vosotros; que aprendan por ellos que en vano se cuenta con nuestras divisiones interiores, porque cuando la patria está en peligro, ya no estamos animados sino de una sola pasion, que es la de salvarla ó perecer por ella; que sepan, finalmente, que si la fortuna fuere contraria en los combates á una causa tan justa como la nuestra, podrian insultar nuestros cadáveres, pero no lograrían jamás encadenar un solo francés.

Estos liricos acentos de Vergniaud resonaron en Berlin y en Viena. «Acaban de declararnos la guerra, dijo el principe de Kaunitz al de Galitzin, embajador de Rusia, en el cuarto del emperador, esto es lo mismo que si os la hubiesen declarado á vosotros.» Dióse entonces el mando de los ejércitos reunidos al duque de Brunswick. Los dos principes no hicieron en esto sino ratificar la eleccion de la Alemania, porque la opinion pública era la que le habia nombrado para aquel elevado puesto. La Alemania se mueve con lentitud, y las confederaciones no son las mas propias para las guerras repentinas. Abrióse la campaña por parte de los franceses antes que la Prusia y el Austria hubiesen preparado sus armamentos.

Dumouriez habia contado con aquella pesadez de las dos monarquias alemanas. La habilidad de su plan consistia en dividir la coalicion en dos trozos y en invadir bruscamente la Bélgica antes que la Prusia pudiese acudir allí á contener el golpe. Si Dumouriez hubiese podido ejecutar su plan así como habia sido capaz de inventarlo, no habia remedio para la Bélgica y la Holanda; pero La Fayette, que fué el encargado de llevar á cabo la invasion á la cabeza de cuarenta mil hombres, no tenia ni la temeridad ni el arrojo de aquel célebre guerrero. General de opinion mas bien que de ejército, si estaba acostumbrado á mandar batallones de paisanos en la plaza pública, no lo estaba á mandar soldados en campaña. Dotado de valor personal, amado de las tropas, pero mas ciudadano que militar, habia hecho la guerra de América con pelotones de hombres libres, pero no con masas indisciplinadas. Toda la estrategia militar de La Fayette consistia en no comprometer á sus soldados, en defender con intrepidez las fronteras, en morir generosa-

mente en aquellas nuevas Termópilas, en arengar heroicamente á los guardias nacionales y en apasionar á sus tropas en pró ó en contra de las opiniones. La audacia y las estratagemas de las grandes guerras en que se arriesga mucho por salvarlo todo, y en que se deja descubierta por un momento una frontera para ir á herir en el corazon de un imperio, no era conveniente á sus hábitos, y menos todavía á su situación. La Fayette, á pesar de hallarse mandando un ejército, había permanecido jefe de partido, y al mismo tiempo que hacia frente al enemigo dirigia continuamente sus miradas hácia lo interior. No cabe duda en que necesitaba adquirir gloria para sostener su influencia, y para reconquistar aquel papel de árbitro de la revolucion que empezaba á huírsele de las manos; pero lo que le interesaba principalmente era el no comprometerse. Una derrota le hubiese perdido, y él no lo ignoraba. El que no se arriesga á ser derrotado jamás obtiene la victoria. La Fayette era el general de la contemporización, y hacer perder el tiempo á la revolucion era quitarla toda su fuerza. La de las masas indisciplinadas consiste en su impetuosidad; el que no las tiene en continuo movimiento las pierde irremisiblemente. Dumouriez, impetuoso como la irrupcion, estaba penetrado por instinto de esta verdad. Este se esforzó, en las conferencias que precedieron al nombramiento de los generales, á inspirársela á La Fayette. A pesar de todo, se puso á la cabeza del principal cuerpo de ejército que debia penetrar en Bélgica, considerando á este general como el hombre mas á propósito para fomentar las insurrecciones populares y para cambiar la guerra en revolucion en las provincias belgas. Sublevar la Bélgica en favor de la libertad francesa y hacer su independencia solidaria de la de ésta, equivalia á arrancarla al Austria y á volverla contra nuestros enemigos.

Segun el plan de Dumouriez, los mismos belgas eran los que debian conquistarnos la Bélgica; las cenizas de

la insurreccion estaban mal apagadas en aquellas provincias, y los primeros pasos que diese en ellas el ejército francés debian avivarlas de nuevo.

X.

Dominada la Bélgica por la España por largo tiempo, uno y otro pueblo tenían costumbres muy parecidas. La nacion estaba dominada por los sacerdotes, y los privilegios de estos le parecia á aquella que eran suyos propios. José II, filósofo prematuro, pero filósofo armado, había querido emancipar á aquel pueblo del despotismo clerical. La Bélgica se había insurreccionado en 1790 contra la libertad que se la ofrecia, y se había adherido al partido de sus opresores. El fanatismo de los sacerdotes y el de los privilegios municipales, reunidos en un solo sentimiento de resistencia á José II, habían sublevado aquellas provincias. Los sublevados se habían apoderado de Gante y de Bruselas, y habían proclamado la caducidad de la casa de Austria de la soberania de los Países-Bajos. La revolucion belga, apenas triunfante, se había dividido en dos partidos: el uno sacerdotal y aristocrático pedia una Constitucion oligárquica; el otro, que era el popular, pedia una democracia calcada sobre la revolucion francesa. *Van-der-Noot*, tribuno elocuente y cruel, era el alma del primer partido. *Van-der-Merck*, soldado intrépido, era el jefe del partido popular. De este modo estalló la guerra civil en medio de la de la independencia. *Van-der-Merck*, hecho prisionero por los aristócratas, fué sumido en un calabozo. Leopoldo, sucesor de José II, se aprovechó de estas divisiones intestinas para reconquistar la Bélgica, que cansada de libertad antes de haberla gozado se sometió sin resistencia. *Van-der-Noot* se desterró á Holanda; *Van-der-Merck*, puesto en libertad por los

austriacos, recibió un generoso perdón y se convirtió en oscuro ciudadano. La independencia se vio comprimida por numerosas tropas austriacas, y por consiguiente no podía menos de salir de su letargo con el contacto de los ejércitos franceses.

La Fayette parece que comprendió y aprobó el plan de Dumouriez. Quedó, pues, convenido que el mariscal de Rochambeau obtendría el mando en jefe del ejército que debía amenazar a la Bélgica; que La Fayette tendría a sus órdenes un cuerpo respetable de ejército que sería el invasor, y que una vez verificada la invasión, La Fayette mandaría solo en los Países-Bajos. De esta suerte Rochambeau envejecido y gastado por la inacción no tendría sino los honores del mando superior; al paso que a La Fayette le pertenecería toda la acción de la campaña y toda la propaganda armada de la revolución. «Este papel, decía el anciano mariscal, es muy a propósito para él; yo no entiendo nada de hacer la guerra en las ciudades.» Consistía el atrevido plan de campaña concebido por Dumouriez en hacer marchar á La Fayette sobre Namur, punto mal defendido, del cual debía apoderarse para dirigirse en cuanto lo hubiese efectuado á Bruselas y á Lieja, capitales de los Países-Bajos y centros de la independencia belga. El general Biron debía al mismo tiempo echarse con diez mil hombres sobre Mons, contra el general austriaco Beaulieu, que no tenía allí sino dos ó tres mil hombres; debía además sacarse de la guarnición de Lila otro cuerpo de tres mil hombres que ocupase á Turnay y que después de haber dejado guarnición en la ciudadela, fuese á engrosar las fuerzas de Biron. Mil doscientos hombres salidos de Dunkerke eran los encargados de sorprender á Furnes, avanzando en seguida hasta el corazón de las provincias belgas en unión con los cuarenta mil hombres que mandaba La Fayette y atacar en todos los puntos á la vez en diez días á un enemigo mal preparado, insurreccionar las poblaciones á su trán-

sito por ellos, reforzar hasta ochenta mil hombres aquel ejército invasor, uniendo á él los batallones belgas, sublevados en nombre de la independencia para batir todos reunidos el ejército del emperador, conforme fuere viniendo de Alemania. Nada faltaba á este plan de cuanto es necesario para llevarle á cabo con buen éxito, sino un hombre capaz de hacerlo. Dumouriez dispuso las tropas y distribuyó los mandos del modo que le pareció conveniente para que no se desgraciase.

El ímpetu de la Francia correspondía al arrojado de su carácter nacional.

Al otro lado del Rin se hacían los preparativos con energía y simultaneidad. El emperador y el rey de Prusia se reunieron en Francfort, en donde también estaba el duque de Brunswick. La emperatriz de Rusia se adhirió á la agresión de las potencias contra la nación francesa, y envió tropas sobre Polonia para sofocar allí los gérmenes de los mismos principios que iban á combatirse en París. Toda Alemania cedió á su pesar al impulso de aquellos tres gabinetes, y dividida en masas formidables se dirigió hacia el Rin. El emperador preludeó la guerra de los tronos contra los pueblos con su coronación en Francfort. El cuartel general del duque de Brunswick se organizó en Coblenza que era la capital de la emigración. El generalismo de los ejércitos confederados tuvo allí la primera entrevista con los condes de Provenza y de Artois, hermanos de Luis XVI, á quienes prometió devolver antes de poco su rango y su patria. Ellos por su parte le daban ya de antemano los dictados de *héroe del Rin y brazo derecho de los reyes*.

Todo tomaba un aspecto militar. Los dos príncipes de

Prusia acantonados en un pueblo inmediato á Coblenza no tenían sino un cuarto para los dos, y se veían obligados á dormir en el suelo. El rey de Prusia era recibido en todas las orillas del Rhin con salvas de artillería. En todas las ciudades que atravesaba, tanto los emigrados como las poblaciones, y hasta sus mismas tropas le proclamaban de antemano como salvador de Alemania. Su nombre escrito con letras de fuego aparecía en todas las iluminaciones coronado con este lema, espresion de la mas refinada adulacion.

Vivat Vellelmus, francos debeat, jura regis restituat!
Viva Guillermo, esterminador de los franceses y restaurador de los tronos.

XII.

Coblenza es una ciudad situada en la confluencia del Mosela y del Rhin en los estados del elector de Tréveris, convertida entonces, como ya hemos dicho, en capital de la emigracion francesa. Veinte y dos mil emigrados, todos ellos caballeros, rodeaban allí á los siete príncipes tambien emigrados de la casa de Borbon. Eran estos los condes de Provenza y de Artois; dos hijos de este último; los duques de Berry y de Angulema; el príncipe de Condé, primo del rey; el duque de Borbon, su hijo, y su nieto el duque de Engien. Toda la flor de la nobleza militar del reino, á escepcion de los partidarios de la Constitucion, habia abandonado sus guarniciones ó sus palacios, para ir á filiarse en aquella cruzada de reyes contra la revolucion francesa.

Este movimiento que hoy nos parece impio, porque armaba á los ciudadanos contra su patria, y porque imploraba el auxilio de los ejércitos estrangeros para combatir la Francia, no tenia entonces á los ojos de nuestra

nobleza ese carácter parricida con que les hace aparecer el patriotismo mas ilustrado de estos últimos tiempos. Culpable ante la razon, esplicabase al menos ante el sentimiento. La infidelidad á la patria, era fidelidad al rey, y esta fidelidad se llamaba entonces honor.

La fé en el trono, era la religion de la nobleza francesa. La soberania popular era para ella un dogma insolente, contra el cual era menester sacar la espada, so pena de complicidad en tamaño crimen. Aquella nobleza habia sufrido con paciencia las humillaciones y aun los despojos personales de títulos y de bienes que la Asamblea constituyente la habia impuesto al destruir los últimos vestigios de sus derechos feudales; ó por mejor decir, ella misma era la que habia hecho este sacrificio á la patria en la noche del 6 de agosto. Mas los ultrajes hechos al rey le habian parecido mas insoportables que los suyos propios. Libertarle de su cautiverio, arrancarle de los peligros á que estaba espuesto continuamente, salvar á la reina y á sus hijos, restablecer el trono en toda la plenitud de sus derechos, ó morir peleando por esta santa causa, la parecia un deber de su situacion y de su ilustre sangre. Viendo al honor en una parte y á la patria en otra, no habia vacilado un instante en preferir aquel á ésta y por consiguiente habia seguido la senda que la trazaba el honor. Este se santificaba aun entre aquellos ilustres proscriptos con la palabra mágica de sacrificio. En efecto, habia realmente un sacrificio en aquellos jóvenes, y no menos en los ancianos, que abandonaban sus grados en el ejército, sus bienes, su patria, y sus familias para ir á una tierra estrangera á rodear la bandera blanca sirviendo bajo ella, como simples soldados y prescindiendo del destierro perpétuo á que se condenaban por solo este hecho, del espolio decretado contra ellos por las leyes de su pais, de las fatigas de los campamentos, y finalmente, hasta de la muerte que iban á hallar en los campos de batalla. Si la decision de los pa-

triotas por la revolucion era sublime como la esperanza, la de la nobleza emigrada era generosa como la desesperacion. En las guerras civiles es preciso juzgar á cada partido por sus propias ideas. Las discordias intestinas son casi siempre la espresion de dos deberes que están en oposicion. El deber de los patriotas era la patria, el de los emigrados el trono. Uno de los dos partidos podia equivocarse en la eleccion, pero ambos creian cumplir con su deber.

XIII.

Componiáse la emigracion de dos partidos distintos á los que designaremos con los nombres de *políticos* y *combatientes*. Eran los políticos los que rodeaban continuamente á los condes de Provenza y de Artois, vociferando sin correr el menor riesgo contra las verdades de la filosofia y contra los principios de la democracia. Empleábanse además en escribir folletos y periódicos, en los cuales se pintaba la revolucion francesa como una conspiracion infernal de algunos malvados contra los reyes y hasta contra el mismo Dios. Formaban estos hombres, unos soñados consejos de un gobierno imaginario, intrigaban porque se les diesen comisiones, soñaban planes, anudaban intrigas, corrian todas las córtés, sublevaban á los soberanos y á sus ministros contra la Francia, se disputaban el favor de los príncipes franceses, y llevaban consigo á aquella tierra estrangera y de destierro para ellos, las ambiciones, la rivalidad, y la codicia de las córtés.

Los militares ó combatientes no habian llevado consigo sino el valor, la lijereza y la gracia de su nacion y de su carrera, unidas á cierta indiferencia por todo lo que no era valor y entusiasmo militar. Coblentza era el campo de la ilusion y del sacrificio. Aquel puñado de

valientes se creian ser una nacion y ejercitándose en los campamentos con continuas maniobras, se preparaba para reconquistar toda una monarquia con solo hacer algunas marchas. Los emigrados de todos los paises y de todas las épocas han ofrecido un espectáculo semejante. Todo emigrado cree haberse llevado la patria en la suela de su zapato, como decia Danton, pero no lleva otra cosa que su sombra no consigue sino su ira, ni vuelve á hallar en ella otra cosa que su compasion.

XIV.

Tres facciones correspondian á estos distintos partidos en la misma emigracion, y tenian á su cabeza á los principales emigrados. El conde de Provenza, llamado despues Luis XVIII, era un príncipe filósofo, político, y diplomático, inclinado por su espíritu á las innovaciones, enemigo de la nobleza y del sacerdocio, favorable á la democracia y que hubiese perdonado á la revolucion si esta hubiese querido perdonar á la dignidad real. Prohibiéndole sus enfermedades precoces empuñar las armas, hacia uso de la política para defender sus intereses, cultivaba su entendimiento, se dedicaba á estudiar la historia, escribia bien, presentaba como próxima la caída y temia la muerte probable de Luis XVI. Creia este príncipe en las vicisitudes de las revoluciones, y se preparaba con antelacion á ser el pacificador de su pais, y el conciliador del trono y la libertad. Su corazon poco varonil tenia defectos y cualidades mugeriles. Necesitando tener amigos se entregaba á unos favoritos, escogidos mas bien por favor, que porque hubiese en ellos un mérito real. Veja las cosas y los hombres á través de sus libros ó del corazon de sus cortesanos. Príncipe un tanto teatral, se ponía de manifiesto como una estatua del de-